El color de la ceniza

José Agustín Blanco Redondo

"Cuando vine a esta casa
desde aquellas orillas…"
Juana Pinés Maeso

Tomó la decisión adecuada, pero tal vez no valoró todos los peligros, las incertidumbres, las dentelladas de la soledad y el desarraigo. Y ahora, Jaineba está perpleja, no sabe bien cómo continuar, cómo interpretar las huellas que la indiferencia tatúa en la tierra gris de los caminos, qué dirección tomar en las encrucijadas del silencio. Porque solo encuentra silencio y miradas esquinadas entre ese gris como de ceniza que acompaña sus pasos.

La mujer lleva de la mano a su única hija y durante la travesía solo han encontrado pedregales, cárcavas, bandidos, desiertos, miradas desoladas y rapiña. También encontraron fronteras, altas vallas de barrotes de metal y alambradas interminables que arrancaban lágrimas de dolor en unos párpados saciados de tierra reseca. Barrotes y alambradas que arrastraban la perplejidad por sobre las conciencias de los que sufrían su castigo.

Y aunque no lo lograron al primer intento, tampoco se rindieron. Tras comprobar la maciza hermeticidad de aquellas lindes, decidieron enfrentarse al mar, arrostrar aquel paraje inhóspito que se les revolvió entre el furor de las olas, las plegarias y un estrépito de espuma blanca. Un mar que se derramaba sobre unas playas breves de arena, algas, plásticos, maderos corrompidos y esquirlas bellísimas de nácar. Pero ya no había marcha atrás. Solo quedaba continuar, despacio, con cautela, por entre lo inhóspito de una intemperie erizada de malos presagios, por sobre ese color a nubes de tormenta que tapizaba su camino, ese color apagado, violento que rivalizaba con el de las rocas de basalto, tan ajeno al de la templanza de la sangre, tan diferente al destello efímero y escarlata que perfilaba ese caudal que fluía por las arterias y las venas de las mujeres, de los hombres, de las niñas, de los muchachos, un caudal ajeno a la tonalidad que tiñera su piel.

Ciego, cruel, el azar a veces es así, condiciona el futuro de las personas según el lugar de nacimiento, según el color de sus mejillas, de sus brazos, de su pecho. Podría haber sido de otra manera, pero lo cierto es que el azar determinó, sin una brizna de misericordia, la vida de Jaineba y la de su hija, el destino de todas esas personas que ahora caminan por senderos grises, polvorientos, por senderos del mismo color de la ceniza. Todo en su camino está cubierto por esa pátina como de pizarra, como de escoria de carbón y de galena, una pátina fría, arisca, cercana, sí, la invisibilidad, el rechazo, la incomprensión, el egoísmo, la indiferencia de los que siempre tuvieron a su lado las caricias de la fortuna.

Jaineba quisiera que su hija fuera maestra, o enfermera, o ingeniera, o quizá veterinaria ─siempre le han gustado los animales, allí, en su aldea natal, sus abuelos tenían dos perros, y un asno, y algunas cabras, y ella disfrutaba cuidándolos, alimentándolos, hablando con ellos en voz muy baja al anochecer─, qué más dan los estudios que elija, es su madre y sabe que, solo huyendo de sus orígenes, de aquel hogar angosto, miserable y tramado de sumisión, su hija puede tener una oportunidad. Solo así llegará a ser una mujer libre, independiente, imprescindible para una sociedad que valore su esfuerzo como ella merece. Le gustaría que trabajara en la conservación del medio ambiente. Jaineba cree en el respeto del ser humano hacia el aire que respiramos y hacia el agua que, intacta, riega los campos con mesura para desembocar en un mar limpio, sin residuos plásticos ni fluidos contaminantes. Cree en el respeto hacia los árboles, hacia la tierra. Y lo cree porque su hogar se volvió inhabitable. Cada vez llovía menos y, cuando lo hacía, el aguacero arrebataba el suelo fértil con un ímpetu desconcertante. El cambio climático es el causante de la sequía, de la deforestación, de las inundaciones, de la erosión del suelo, de que tantas personas deban emigrar para sobrevivir. Eso decían algunas organizaciones humanitarias que acudían a ayudar, a mitigar calamidades, a mirarlas a los ojos.

Jaineba emprendió aquella empresa solo por su hija, no hay nada, no hay nadie más importante en su vida, aquella niña es la que hace palpitar su corazón, la que riega de sangre todo su cuerpo, la que

estira sus labios en una sonrisa tenue, la que libera la diafanidad en su conciencia, la que anima a su voluntad a seguir caminando, un día, y otro, y otro más, aunque sea por el agrisado borde del precipicio.

Jaineba y su hija vienen de muy lejos. Solo buscan el respeto, la igualdad y la consideración que se les niega en la tierra de sus ancestros, una tierra donde su valor, el valor de una mujer, es equiparable al de un asno, al de una cabra, al de unas cuantas gallinas, una tierra donde se explota a las niñas y a los muchachos sin ningún pudor, donde los matrimonios forzados acaecen con demasiada frecuencia. Matrimonios miserables que arrancan la inocencia y arrasan la infancia de las niñas que los sufren.

Ellas no nacieron aquí, en este solar de seres civilizados donde se rechaza con un mohín de desagrado la comida que no nos apetece, donde se acude al médico por el resfriado más leve y se duerme de un tirón con temperaturas a menudo confortables, donde niñas y niños acuden a colegios próximos, ajenos a las penurias de esas otras criaturas que se suelen ver por la televisión y en las películas de los multicines, siempre rodeadas de moscas, fusiles, enfermedades, maltratos, humillaciones y desdichas. Siempre alejadas de los agasajos de la condición humana. Criaturas, como la hija de Jaineba, de las que, quizá, nadie quiere hablar. Criaturas que nadie quiere ver, aunque, ahora, algunas vivan muy cerca y habiten hacinadas en albergues, en centros de acogida, en arrabales trasminados de necesidad. Niñas y niños invisibles que deambulan en soledad con la sonrisa atrapada en el silencio, que recorren, cada día, un tumulto de caminos tramados de polvo, socavones, abrojos y guijarros. Un tumulto de caminos, de senderos vaciados, a menudo, de justicia, derechos y solidaridad. Un tumulto de caminos grises, ajenos, olvidados. Miseria, abusos, analfabetismo, contaminación ambiental, pobreza climática, da igual su nombre, es un padecimiento que nos aflige, un sarpullido de desigualdad ante el que necesitamos inmunizarnos con urgencia. Una enfermedad crónica ante la que, a menudo, cerramos párpados y conciencias. También el corazón.

Ahora, esta tierra nuestra es además la suya. Jaineba y su hija continuarán su camino, concienciadas en mejorar sus vidas y en el necesario respeto al medio ambiente que nos alberga. Continuarán a nuestro lado, sin detenerse jamás.